

con la solución adoptada. Ocurrió esto el catorce de Septiembre de mil ochocientos noventa y seis. Mas, transcurridos algunos meses de tranquilidad relativa, la agitación renació. Turquía, como de costumbre, mostrábase remisa y negligente en cumplir lo ofrecido; los musulmanes de la isla se envalentonaron con esta conducta del sultán, y los cristianos no refrenaron su justa irritación, animados principalmente por el apoyo que esperaban recibir de Grecia. En este país, ante los acontecimientos que se desarrollaban en la isla de Creta desde el pacto de Halepa, el rey Jorge había querido seguir una política de moderación y de paz; pero al comenzar el año de mil ochocientos noventa y siete, se vió claro que su pueblo le arrastraba á la guerra. El cambio de actitud del gobierno griego y, más que nada, los manejos de sociedades secretas, como la *hetairia*, provocaron en Enero de dicho año revueltas en Creta, las que, á su vez, inflamaron los ánimos hasta tal punto en todo el mundo helénico, que el conflicto armado fué inevitable. Las potencias hicieron lo posible por evitar el rompimiento; sus gestiones fueron vanas. El diez y ocho de Abril, el gobierno turco entregó sus pasaportes al príncipe Maurocordato, ministro de Grecia en Constantinopla, y enseguida comenzaron las hostilidades: ya antes había habido algunos encuentros entre bandas irregulares en la frontera de Tesalia. Se sabe el resultado de la guerra. Los griegos no pudieron hacer frente á sus enemigos, que les sobrepujaban en número, organización y dirección. El once de Mayo, la Tesalia entera había sido invadida por los turcos, que amenazaban el corazón de Grecia. El gobierno heleno, en su angustia, impetró la mediación de las potencias, bajo cuyos auspicios se convino el armisticio de cinco de Junio. La paz no pudo firmarse hasta el diez y ocho de Septiembre, después de fatigosas negociaciones seguidas entre los Estados beligerantes y las potencias mediadoras. Grecia se vió obligada á consentir en la rectificación de la frontera tesaliana, debiendo ceder unos cincuenta y cinco kilómetros cuadrados y comprometerse á pagar al vencedor una indemnización de cuatro millones de libras turcas, y celebrar con él convenciones que regulasen las cuestiones de nacionalidad, consular, de extradición y de represión del bandolerismo. También se estipuló que una comisión internacional, residente en Atenas, interviniera «la cobranza y el empleo de rentas bastantes para el pago de la indemnización de guerra y demás deudas nacionales.»

El tratado á que nos referimos señala un retroceso en el helenismo. No obstante, Creta recogió el fruto de los esfuerzos de los griegos. El coronel heleno Vassos había desembarcado en la isla á principios de mil ochocientos noventa y siete, con un cuerpo expedicionario; las potencias acordaron, en vista del sesgo que tomaban los sucesos, el bloqueo de Creta; Turquía les entregó la isla en depósito, y entonces ellas enviaron tropas que restableciesen el orden, en lo posible, y garantizaran la seguridad del país. La derrota de los griegos hizo que los soldados del coronel Vassos se reembarcasen, y como la presencia de los destacamentos internacionales mitigara el furor de las pasiones, los

almirantes, que habían proclamado la autonomía de Creta el veintidós de Marzo, levantaron el bloqueo á fines de Mayo. Mientras tanto, los representantes de las potencias elaboraban en Constantinopla un reglamento provisional, que se aprobó á últimos de mil ochocientos noventa y siete. En Marzo del año siguiente, se retiraron Alemania y Austria del concierto europeo; pero ni esta circunstancia, ni el haberse promovido nuevos tumultos en el mes de Septiembre, fueron óbice para que Francia, la Gran Bretaña, Italia y Rusia prosiguiesen de común acuerdo el arreglo de la cuestión cretense. El éxito coronó sus trabajos, y á poco, no quedaba en la isla un solo soldado turco, no estando representada la soberanía del sultán sino por la bandera otomana, que flota al viento en un punto fortificado. A propuesta de Rusia, fué nombrado Comisario Supremo de la isla el príncipe Jorge de Grecia, quien, al poner pie en Creta el mes de Diciembre, halló entusiasta acogida, tanto entre los cristianos como entre los musulmanos.

Menos afortunados que los cretenses, los armenios no habían conseguido, al expirar el siglo décimo-noveno, ningún mejoramiento en su dura condición. Por el artículo sesenta y uno del tratado de Berlín, obligóse la Puerta «á introducir..... las modificaciones y reformas que exigiesen las necesidades locales en las provincias habitadas por los armenios, y á garantizar la seguridad de éstos contra los kurdos y los circasianos», como, asimismo, «á poner periódicamente en conocimiento de las potencias las medidas dictadas, para que aquéllas pudiesen velar por su aplicación». Pasaron algunos años, y ante la inacción de Turquía, comenzó á dar nuevas señales de vida la nacionalidad armenia en mil ochocientos ochenta y cinco, y en Enero de mil ochocientos noventa y tres estalló un movimiento en Cesárea y en Marsivan, que fué sofocado con bárbaro rigor. En Biblis y en Sassun hubo otros levantamientos, en Agosto y Septiembre de mil ochocientos noventa y cuatro. Los turcos los reprimieron con ferocidad verdaderamente salvaje, pasando á cuchillo una población de cerca de cinco mil almas y destruyendo sus aldeas. Los embajadores de Inglaterra, Francia y Rusia formularon enérgicas protestas ante el gobierno de Constantinopla, que decretó algunas reformas al año siguiente. El anuncio de éstas no sirvió, sin embargo, sino para que los musulmanes, excitado su fanatismo, se ensañaran cruelmente con los cristianos, en quienes hicieron horrible matanza, siendo evidente, á lo que se dice, la complicidad de las autoridades turcas. En Trebisonda, en Erzerum, en Biblis, en Diarbekir, en Marache, millares de armenios fueron degollados, sin distinción de edad ni sexo, mientras dos mil eran sitiados en Zeitung por fuerzas considerables. En Febrero de mil ochocientos noventa y seis, se calculó en treinta y siete mil el número de cristianos muertos; sobre doscientos noventa mil estaban reducidos á la miseria, y cuarenta mil casas, próximamente, habían sido saqueadas. Concedió el gobierno otomano el beneficio de una capitulación á Zeitung, y Chakir-Bajá recorrió las poblaciones en que las reformas debían implantarse. Con esto siguióse un período de

calma, de que la Puerta se aprovechó para no hacer nada. Entonces, un grupo de armenios, para llamar la atención de Europa, atacó á mano armada el banco de Constantinopla, temeridad que pagaron caramente. Esta vez, las potencias parecieron conmoverse: enviaron sus flotas á las aguas turcas, y exigieron al sultán el cumplimiento de sus reiteradas promesas, dando por resultado su actitud que se iniciaran algunas mejoras en mil ochocientos noventa y siete; mas todavía hoy, la cuestión armenia es la más compleja y delicada de cuantas, tarde ó temprano, deberá resolver en Oriente la acción internacional europea.

Muy interesada en ella, por lo que afecta á Turquía, está la monarquía austro-húngara, cuya evolución política en el último tercio del siglo reviste gran importancia, y cómo se liga íntimamente con la marcha general de los sucesos en Europa, en la que ha influido de modo visible, según sabemos, y es probable influya más en lo sucesivo, aunque en parte nos es conocido, debemos exponer su desarrollo con algún mayor detenimiento.

Tres momentos, dice Eissenmans, pueden señalarse en la historia de Austria-Hungría á partir de mil ochocientos setenta y uno. Hasta mil ochocientos setenta y ocho, los adversarios de las constituciones existentes resignanse en Austria y estrechan sus filas en Hungría; el dualismo se afirma. De mil ochocientos setenta y nueve á mil ochocientos noventa y seis, merced al sistema que llega á prevalecer en Austria, es mayor la preponderancia de Hungría y se acepta sin dificultad. De mil ochocientos noventa y seis en adelante, el deseo de Austria de conseguir por tercera vez la renovación del compromiso, le hace cometer una serie de faltas que la precipitan en una crisis, á que arrastra á Hungría y de que ni una ni otra han salido aún.

El triunfo que el partido alemán obtuvo sobre Hohenwart, según expusimos arriba, página cuatrocientas veinticinco, fué amargado por la desgracia imprevista de Beust. Los liberales, comprendiendo que no debían fiar mucho en sus propias fuerzas, se apresuraron á aceptar el pacto que les propuso el nuevo ministerio sobre estas dos bases: política interior estrictamente constitucional y libertad completa de la corte en los asuntos militares. El gabinete recién constituido, que presidía el príncipe Adolfo de Auersperg, acometió ante todo la reforma electoral, reclamada por los liberales, cuya concepción unitaria del Estado austriaco compaginábase mal con la estructura del parlamento del imperio, que parecía un congreso de delegados de las provincias, de tal manera que una Dieta podía, dejando de elegir sus diputados, como acababa de hacerlo la de Bohemia, truncar la representación nacional y desautorizarla moralmente. La primera medida que se dictó fué una ley provisional, facultando al gobierno para proveer, por elección directa, las vacantes ocurridas en el curso de la legislatura, con lo que se inutilizaba la política de abstención. Dióse después la ley definitiva, sancionada el tres de Abril de mil ochocientos setenta y tres, la cual no se contentó con establecer como regla la elec-

ción directa, sino que elevó el número de representantes de doscientos tres á trescientos cincuenta y tres, y aumentó en un seis por ciento el correspondiente á las ciudades y á las Cámaras de comercio, adictas á los liberales, disminuyendo en un dos por ciento el de los nombrados en los distritos rurales, y en un cuatro el de los elegidos por los grandes propietarios. En cuanto á las desigualdades é injusticias que había en la representación de los intereses, se conservaron intactas.

El ministerio Auersperg duró siete años, prestando con su larga permanencia en el poder un servicio innegable á su país; pues cansados sus adversarios, perdieron la esperanza de cambiar brusca y radicalmente la constitución. Los polacos, protegidos por Andrassy, á título de enemigos jurados de Rusia, apreciaron las ventajas de ser un partido «de gobierno». Apenas verificada, á pesar de su oposición, la reforma electoral, tuvieron un representante en el ministerio, y en la última etapa del gabinete Auersperg, los votos de los diputados polacos decidieron á menudo la suerte de las votaciones en favor del gabinete. Los checos, menos hábiles, se obstinaron en la política de abstención, que ya carecía de objeto, consiguiendo únicamente debilitarse y dividirse. Bajo la presión de las circunstancias, los diputados de Moravia resolvieron ocupar sus asientos en el *reichsrath*; pero los jóvenes checos de Bohemia, que querían seguir su ejemplo, tropezaron con la tenaz resistencia de los viejos. Sólo en mil ochocientos setenta y ocho determinaron éstos últimos volver á la Dieta de su país, y desde entonces su presencia en el *reichsrath* no fué sino cuestión de tiempo.

En Hungría, las cargas que se echaran sobre el presupuesto desde mil ochocientos sesenta y siete, para atender á los gastos de la reorganización administrativa y económica, amenazaban conducir á la ruína del Tesoro y hasta comprometer la independencia política conquistada. El fraccionamiento de los partidos agravaba las dificultades de la situación, privando á los ministerios del apoyo de una mayoría parlamentaria fuerte y unida, y arrebatándole, por consiguiente, prestigio y autoridad. Esto hizo que los elementos dirigidos por Deak, jefe de los liberales antiguos, y los de la izquierda, acaudillados por Tisza, depusieran sus diferencias para formar un gabinete de fusión en mil ochocientos setenta y cinco. En él estaban aún en mayoría los deakistas; sin embargo, era obvio que la dirección de la política había pasado á otras manos. Deak terminó su carrera consagrando la unión é inscribiéndose como socio en el club liberal: en Enero del año siguiente, dejó de figurar entre los vivos. Tisza era el jefe de la pequeña nobleza, núcleo de la nacionalidad madgyar y verdadero fermento de la vida política del país. Al frente de un partido numeroso desde mil ochocientos sesenta y uno, mientras mantuvo en el terreno de los principios su oposición al régimen proclamado en mil ochocientos sesenta y siete, el dualismo careció de condiciones de estabilidad, á pesar de las apariencias. Adhiriéndose al régimen del compromiso, lo *nacionalizó*, por decirlo así. Para jus-

tificar su conversión, Tisza invocó la necesidad de restaurar el crédito de Hungría, proponiéndose compensar sus abdicaciones políticas con sus reivindicaciones económicas, obtener del dualismo todas las ventajas materiales posibles, rodear á su patria del prestigio y dotarla de los recursos propios de un Estado. Siguiendo desde el primer momento una política franca y firme de asimilación madgyar, de que los sajones de Transilvania y los servios del Banat fueron las principales víctimas, quitó á la oposición su arma más poderosa y halagó las pasiones nacionales de la clase á que pertenecía.

No obstante tener fija su atención el gobierno en la prórroga del compromiso y en los asuntos de Oriente, introdujo algunas mejoras importantes. El ministro de Hacienda disminuyó el déficit en más de la mitad, vigorizó los ingresos y preparó la conversión de la deuda; y Tisza, que regia el departamento de lo Interior, dirigió las elecciones de mil ochocientos setenta y cinco, cuyo resultado fué el triunfo de trescientos cincuenta ministeriales, contra cien diputados pertenecientes á las distintas oposiciones. Reorganizóse el gabinete, y Tisza se encargó de la presidencia, reformando parcialmente, á pesar de la resistencia de la extrema derecha y de la extrema izquierda, la administración de los *comitatos*. En Croacia, apaciguáronse las pasiones bajo el gobierno moderado del ban Mazuranic, y los diputados de la dieta de Agram formaron parte de la mayoría ministerial de Pest. Francisco José, que había consentido, no sin repugnancia, en entregar el poder á Tisza, se iba reconciliando con este hombre público.

En el imperio, con el triunfo de Andrassy sobre Hohenwart, el dualismo político había conseguido una victoria decisiva. En el período que entonces se abrió, las luchas fueron principalmente de carácter económico. La solución dualista entrañaba numerosas cuestiones, concernientes á los intereses materiales y mucho más difíciles de arreglar que las políticas. En mil ochocientos sesenta y siete, no se les había prestado la debida atención. La corona, representada únicamente por los ministros austriacos, sólo pensaba en la diplomacia y el ejército. Los húngaros, naturalmente, no daban más de lo que se les pedía, y estimaban el mantenimiento de una independencia económica lo más amplia posible como un contrapeso útil, para el caso que el dualismo no se aplicara lealmente por la corte. Por esta causa, las convenciones económicas se ajustaron simplemente por diez años, lo que ponía en gran peligro la perpetuidad de la inteligencia política. Además, nada se dijo del asunto relativo al Banco. Los húngaros se aprovecharon hábilmente de estas circunstancias, y al ser renovado el compromiso en mil ochocientos setenta y ocho, obtuvieron algunas ventajas en el terreno económico, zanjándose en su favor algunos puntos litigiosos que afectaban á las aduanas y recibiendo el Banco una organización dualista, no enteramente uniforme: en lo político, el triunfo de los húngaros fué mayor, gracias á la táctica que desplegaron y al acuerdo que no dejó de existir un momento entre el ministerio y la mayoría parlamentaria.

Dirigida por un húngaro, la política exterior de la monarquía tenía que ser exclusivamente oriental, y así ocurrió, como saben nuestros lectores. En el régimen dualista, la división de la autoridad entre muchos poderes coordinados y no subordinados entre sí—parlamento austriaco, parlamento húngaro y delegaciones; ministerio austriaco, ministerio húngaro y ministerio común—creando entorpecimientos y debilitando responsabilidades, beneficia al único de ellos que es simple, uno, en todas partes el mismo y en todas partes fuerte, el poder del soberano. Utilizando las delegaciones contra los parlamentos, el ascendiente de Tisza sobre la Cámara húngara y los deseos del emperador para convencer á los pares austriacos, Andrassy pudo ocupar la Bosnia y la Herzegovina sin salirse del terreno legal, imprimiendo á la política austriaca, con este acto y la celebración de la alianza austro-alemana, que él pactó, aunque no se firmase en su tiempo, el rumbo que ha seguido desde entonces. Andrassy y Tisza, los dos húngaros, dirigiendo el uno la diplomacia de la monarquía y poniendo el otro su influencia al servicio de la corona, con riesgo de perder su popularidad, hicieron posible la ocupación de las dos provincias sulevadas. El parlamento húngaro aceptó el hecho cumplido, no pensando ya sino en sus consecuencias y manteniéndose fiel, á pesar de todo, al gobierno que había contribuido á burlar sus miras. En cambio, el parlamento austriaco se había dividido, y mientras las tropas imperiales se batían en Bosnia, votó una moción que parecía condenar la empresa. De aquí el cambio de política que se operó en mil ochocientos setenta y nueve, cuyo resultado fué reforzar la preponderancia de Hungría en el dualismo. El emperador, viendo triunfante su política oriental, se mostró más accesible á las influencias antiparlamentarias, representadas por los cortesanos, los generales y los clericales. Sin embargo, no tenía reparo en dejar la política interior á su antigua mayoría parlamentaria, con tal que ésta respetase su libertad de acción en los asuntos exteriores y militares; pero la mayoría se encerró en una actitud intransigente, negándose á reconocer el hecho de la ocupación y á aceptar sus consecuencias. El conde de Taaffe, que desempeñaba la presidencia del Consejo de ministros, pasó al departamento de lo Interior para preparar las elecciones, que estaban próximas, consiguiendo, cuando se verificaron, transformar en minoría la mayoría liberal alemana, merced principalmente á los votos de la gran propiedad bohemia: la era del gobierno parlamentario de los alemanes había concluido.

Realmente, carecía ya de razón de ser. Los alemanes constituían aun la nacionalidad que más descollaba por su riqueza y por su cultura, mas no la única instruida y rica. A su ejemplo y á su contacto, había se formado la clase media checa, que le disputaba la prioridad. Figurando los alemanes en menor número que antes en la población del imperio, su privilegio político parecía doblemente odioso. Éranles también contrarias las tendencias dominantes, puesto que, persiguiendo el gobierno la conquista moral de las razas eslavas, le importaba en primer término reconciliarse con los eslavos del imperio.